

pera de un cambio, y que comprendía que la familia Madero, entronizada en el Poder, no lo dejaría nunca, pues ya se hablaba de trabajos electorales á favor del Sr. D. Gustavo Madero, para el próximo período presidencial.

Y también los revolucionarios. Los revolucionarios que no plegaban, para seguir la frase de José María Lozano, la bandera de sus ideales; á los que comprendían toda la tremenda desgracia que se cernía sobre nuestro País, á los que juzgaban inminente la ruina de todo lo que el gran Porfirio Díaz logró hacer de nuestra Patria.

En estas condiciones la prensa independiente, que lo era en su mayor parte toda la publicada en la República, alentó en el ánimo del Ejército la idea de la sublevación militar. Primeramente fueron artículos en los que á penas se esbozaba la idea de la revolución del Ejército; más tarde "La Tribuna," órgano de uno de los Diputados más combatidos por el elemento gobiernista, D. Nemesio García Naranjo, planteó la cuestión en forma clara y precisa, y á diario en sus informaciones, que no eran sino notas políticas, y casi todos los días en sus editoriales, llamó al Ejército al cuartelazo.

Los artículos de "La Tribuna" eran leídos en toda la República. La oficialidad se los pasaba de mano en mano; los periódicos de provincia los reproducían; en una palabra, la propaganda para la sublevación militar era constante y formidable.

Esto ocurría días antes de que estallara el movimiento encabezado por el señor Ge-



El General Díaz y un grupo de defensores en la Ciudadela

neral D. Félix Díaz, en Veracruz. La revolución fracasada en el puerto había sido considerada antes de su extinción como la segura caída del Gobierno. No sucedió en tal forma; pero puede decirse que el cuartelazo de los señores Generales Reyes, Díaz y Mondragón, en la ciudad de México, no fué sino fruto de aquel movimiento, pues por los procedimientos empleados en la lucha; por el encarnizamiento de la misma, y por la bravura de los que pelearon en ella, se vió claramente que estaban decididos á sucumbir antes que á entrar en arreglos con el maderismo que, por medios ilícitos más que por la fuerza, había logrado un triunfo en Veracruz.

La derrota del General Díaz en Veracruz no había hecho, en realidad, sino avivar los deseos de todos los enemigos del régimen maderista, de que cayera el Sr. Madero y dejara el lugar á un hombre más apto. Se vió claramente el anhelo nacional por que el Sr. Madero abandonara el poder, reflejado en la prensa, en la que aparecían excitativas para que renunciara el Jefe de la Nación. Parece que hasta formalmente alguien propuso la renuncia; pero sin ningún resultado que aliviara á la Nación del peso enorme de la familia reinante.

La Cámara de Diputados cooperaba también al levantamiento por la aclitud de algunos de sus miembros que habían conquistado simpatías generales en toda la Nación gracias á su labor obstruccionista al Gobierno del Sr. Madero.

El señor Diputado D. Querido Moheno había pronunciado un discurso atacando al

Ejército por su actitud de defender á un Gobierno que tenía compromisos con los Estados Unidos del Norte.

Por falta de tacto político y por la precipitada salida del Sr. Lic. Luis Cabrera, Jefe del elemento renovador de la Cámara, ésta estaba á punto de convertirse en su mayoría en opositorista, y cada tarde los oradores del grupo independiente minaban el prestigio del Gobierno con discursos que eran ávidamente leídos en toda la Nación, y que llevaban el mérito de haber sido ruidosamente aplaudidos en la Cámara.

En la calle, en los salones de reuniones públicas, en los hogares, la propaganda contra el Gobierno era intensa á un grado tal que ningún acontecimiento llamaba la atención si no estaba relacionado con los asuntos políticos.

El Lic. Manuel Calero, ex-Embajador y Senador, había logrado una victoria contra el Gobierno impidiendo que el empréstito de los cien millones que solicitaba el Ministro de Hacienda, pudiera conseguirse y esto originaba un desprestigio muy grande para el Gobierno en el extranjero, á donde llegaban á diario las noticias de nuevos levantamientos, de asesinatos, de saqueos, de todos los horrores que se cometían bajo el régimen maderista.

Podía calcularse en cincuenta mil el número de rebeldes diseminados en todos los Estados de la República, muchos sin bandera, pero todos antimaderistas.

La falta de trabajo hacía que engrosara el número de levantados en armas y de

bandoleros y la situación empeoraba cada día.

La necesidad de un Gobierno fuerte y respetado, era notoria. A ella tendían las aspiraciones de todos los mexicanos y de los extranjeros, que abandonaban sus negociaciones y dejaban todo por la absoluta falta de garantías.

La intervención estaba, á no dudarlo, muy próxima.

En estas condiciones se formó la junta revolucionaria de la que nos ocuparemos más adelante, y que inició y llevó á cabo todos los trabajos que orillaron á la caída al Gobierno pasado.

La lucha que emprendieron los hombres que sacaron de la prisión al señor General Díaz tenía que ser victoriosa: creía en la derrota: parecía un acto de aquellos en que todas las fuerzas del destino se unen para su realización.

El Senado, la única institución respetada por el Gobierno maderista en los tremebundos días de la decena roja, precipitó la caída del Gobierno y elevó al señor General D. Victoriano Huerta al Poder.

Ahora, cuando en pocos días los revolucionarios del Norte se han sometido y hasta los bandidos deponen su actitud hostil recordando la necesidad de paz, cuando todos los elementos se ponen al servicio del Gobierno para ayudarle en su labor pacifista; cuando la calma vuelve á los espíritus y en el extranjero se reconoce que ha mejorado la situación, podemos afirmar con nuestra sinceridad de hombres honrados: la revolución militar de Febrero, está justificada.

El Alma de la revolución

Los caudillos de la revolución que originó el golpe de Estado, fueron los señores Generales D. Félix Díaz, D. Manuel Mondragón, D. Bernardo Reyes y D. Gregorio Ruiz; D. Cecilio Ocón y Lic. D. Rodolfo Reyes.

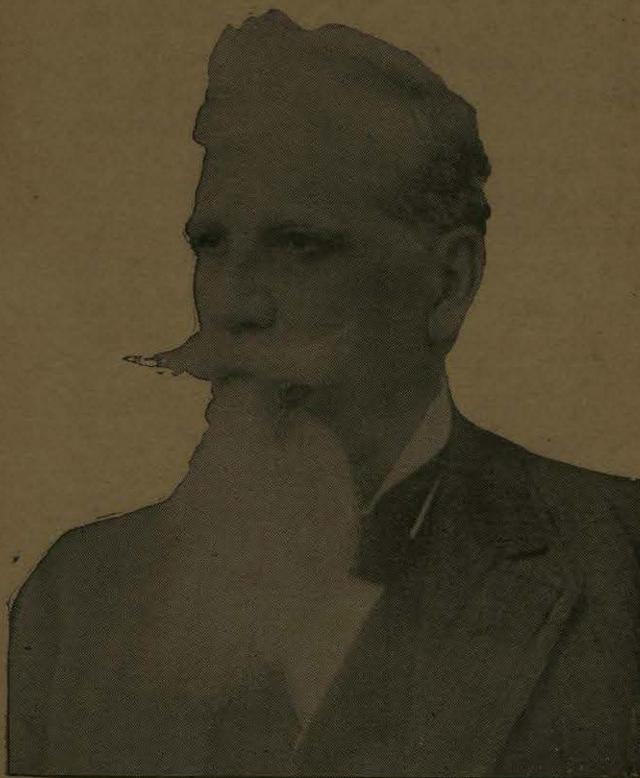
De todos estos hombres ninguno más hábil y más audaz para la organización del movimiento, que Cecilio Ocón.

La historia, cuando los hechos puedan juzgarse con más detenimiento, cuando la impresión del momento permita á los hombres de estudio fijar su atención y deducir precisa y claramente, dirá quienes de entre los rebeldes desarrollaron mayores energías; pero á nosotros nos consta la sorprendente actividad de Ocón, su fe en que el movimiento tenía que dar resultados satisfactorios, sus luchas contra todos los obstáculos y su audacia para conquistar voluntades férreas que á la hora de la lucha serían las que decidieran el triunfo.

Cecilio Ocón es mazatleco, hijo del señor D. Cecilio Ocón y de Doña Raquel de Ocón; el primero mexicano y la dama hija de familia inglesa.

A la caída del Gobierno del señor General D. Porfirio Díaz, Cecilio Ocón tuvo que fugarse de Mazatlán porque las fuerzas revolucionarias trataban de matarlo por el empeño que había desplegado para defender el régimen porfiriano.

Ocón luchó desesperadamente por sos-



Señor General don Bernardo Reyes.

tener al General Díaz. Proporcionó dinero de su peculio para el sostenimiento de las fuerzas federales que se encontraban guardando el puerto del Pacífico. Usó miles de artimañas para poder llegar hasta donde el bravo Coronel D. Luis G. Morelos, peleaba y allí llevó á aquel indomable militar elementos necesarios para que prosiguiera en la lucha.

Cuando la revolución vencía al Gobierno en el Estado de Sinaloa, Ocón seguía luchando por sostener al régimen porfirista y con elementos de guerra ó con las armas en la mano, formaba el último reducto del Gobierno que se desmoronaba.

Expulsado de Mazatlán, donde había hecho negocios comerciales de gran cuantía y que revelaban en él al hombre audaz y de ambiciones, Ocón sintió indignación cuando vió que era objeto de venganzas por parte de los hombres del nuevo régimen, que empezaban á perseguirlo, apoderándose de sus negocios.

Sus convicciones de patriota; la certeza de que el maderismo era fatal para México, lo hicieron resolverse por iniciar una propaganda activa contra el Gobierno.

Se reunía con periodistas de oposición y se daba á conocer en círculos sociales para llevar á todas partes sus ideas contra el Gobierno. Pronto necesitó desplegar mayores actividades para sus energías; fundó un periódico en Guadalajara empleando para ello los últimos restos de su fortuna y en aquel diario atacó rudamente al maderismo.

Sus amistades fueron cada día mayores

En los círculos de persons pudientes que le facilitaron elementos para que iniciara la campaña para la sublección militar.

Hace seis meses que el joven político se entregó de lleno á minar el maderismo. Empezó á comprar parque para enviarlo á los hombres que se alzaban en armas contra el Gobierno; mandó delegados á todos los revolucionarios; incitó á la rebelión en todas partes.

Para poder disponer de un centro donde se reunieran los conspiradores sin inspirar sospechas compró en unión de varias personas el hotel Majestic, situado en el mismo corazón de la ciudad, en la Avenida de San Francisco, y allí empezaron á celebrar juntas y á tener conferencias con el instigador, varios militares que escuchaban con deleite la doctrina de demolición que se les inspiraba.

La semilla revolucionaria la sembraba Ocón con gran rapidez. Habló con centenares de oficiales y á todos ellos con infinita audacia, los invitaba desde luego á alzarse contra el Gobierno.

—No encontré uno que me traicionara—nos decía hace poco.—Todos me oían y se afiliaban á la causa de la revolución.

El Coronel D. Gaudencio de la Llave, sublevado en Puebla, recibía parque constantemente; Higinio Aguilar también y muchos cabecillas del Sur encontraban á los agentes de Ocón, que, para poder llevarles quinientos cartuchos tenían que erogar gastos crecidísimos hasta de mil pesos.

El soborno y la amenaza fueron emplea-

dos para la policía, que bajo las órdenes del Sr. Teniente Coronel López Figueroa no podía encontrar el hilo de la conspiración presentada por el Gobierno.

Se avanzaba mucho con esta obra de propaganda. El número de complicados crecía cada día más y más.

En Puebla, Morelos, Toluca y en algunos otros puntos había jefes militares comprometidos para iniciar el movimiento cuando para ello recibieran órdenes.

En el Hotel Majestic se construía constantemente y constantemente se demolía, con el pretexto de hacer reformas, hacían fingidas reparaciones materiales; y la policía ignoraba que en los carros de material entraban miles de cartuchos que luego salían ocultos en poder de los agentes de la revolución.

Los jefes militares de toda la República recibían, señalados con lápiz rojo, los periódicos que incitaban al Ejército á la rebelión, y las proclamas de los levantados en armas.

Y todo esto era obra de un sólo hombre, Ocón, que dedicaba veinte horas diarias á esta labor.

¿Qué participación tuvo Ocón en el movimiento cuando una denuncia hizo que se precipitaran los conspiradores para dar el grito de rebelión?

En el curso de nuestro relato lo diremos; bástanos, por ahora, repetir nuestra aseveración de que el hombre que tratamos de describir fué, para seguir la frase ya consagrada, el alma de la revolución felixista.

Estamos perdidos

El día anterior al levantamiento de los jefes militares que habían de decidir del derrocamiento del señor Presidente Madero, Cecilio Ocón se presentó ante el Sr. Lic. D. Rodolfo Reyes para comunicarle que la situación era desesperada para los conspiradores.

Aprovechando informes que le habían suministrado sus agentes más cercanos al Gobierno, Ocón supo que los Cuerpos que estaban comprometidos para el levantamiento ya habían sido divididos por orden de la Secretaría de Guerra, quedando en esta forma en la imposibilidad de reunirse y marchar en columna compacta á iniciar la rebelión.

El complot estaba, sin duda alguna, descubierto.

Al Hotel Majestic, entraban los militares ese día con todo descaro. Ya no les preocupaba la policía ni que se fijaran en ellos las sospechas de la gente del Gobierno; lo hacían todo como si ya se hubieran declarado en abierta rebelión.

En las primeras horas de la noche, Ocón celebró una conferencia con el Sr. Lic. Reyes, y se decidió dar el golpe la misma noche, costara lo que costara, y exponiéndose á todo antes que caer indefensos en las manos de Gobierno y ser pasados por las armas, sin antes combatir y defenderse.

De la opinión del Sr. Ocón fué el licenciado Reyes, y ambos se dirigieron á ver al

señor General Manuel Mondragón en su residencia de Tacubaya.

Se habló poco, porque se consideraban preciosos los instantes y había que aprovecharlos.

El señor Coronel Aguillón, que tenía á su cargo la jefatura del primer Regimiento de Artillería, se negaba á declararse en rebelión la misma noche por creer que la oficialidad estaba alejada del cuartel y porque consideraba prematuro el movimiento. No obstante se le convenció de la necesidad de preparar todo lo necesario para antes de una hora estar sobre las armas y combatir contra el Gobierno.

Ocón tuvo un rasgo de talento que lo acreditaría por sí sólo si no fuera ya conocida la personalidad de dicho señor, como uno de los más activos propagandistas é iniciadores del movimiento. Al oír el argumento de que el señor Coronel Aguillón no podía disponer de sus fuerzas porque estaba sin oficiales, dijo:

—Está bien. Espéreme usted aquí, que dentro de quince minutos estarán todos los Oficiales á sus órdenes.

Todos los sitios donde suponía Ocón que se encontrarán los rebeldes, fueron recorridos en un automóvil y con tal rapidez que en breves minutos logró reunir á la Oficialidad y llevarla al Coronel Aguillón. Este señor al ver á sus amigos se animó mucho y luego se distinguió notablemente por su valor y actividad á la hora de más peligro.

El señor General Mondragón lo disponía todo con gran serenidad. Para él no ha-

bía motivo de alarma y nada le inquietaba. Expidió la orden en que debería organizarse la columna de ataque y dictó las últimas disposiciones para que cayeran, los militares encargados de ello, sobre las casas de los señores Pino Suárez, Gustavo Madero y Secretarios de Estado que inspiraban pequeños temores de que se opusieran á una solución pacífica y sin derramamiento de sangre, á los planes de los conjurados.

El señor General D. Gregorio Ruiz se mostró muy inteligente en aquella última junta y cooperó con el señor General Mondragón para que la iniciación del movimiento, no obstante las dificultades que se presentaban, tuviera el éxito apetecido.

La suerte de los conspiradores estaba echada desde aquellos momentos. O vencían ó morirían todos; pero retroceder ó huir sería imposible.

La Escuela Militar de Aspirantes, donde el carácter militar está formado con celo y dedicación paternales por los Oficiales encargados de ello, era el punto de mira de los del levantamiento contra el Gobierno del señor Presidente Madero.

En aquel puñado de jóvenes que en la flor de la vida se instruía para formar el nervio del Ejército, estaban puestas las miradas de los hombres que trataban de derrocar un régimen en el que parecía naufragar la República, ¡La juventud, la sana juventud de sangre ardorosa, de entusiasmos espontáneos, solamente podrá salvar al país!

La Oficialidad de la Escuela abrigaba, en su mayor parte, las ideas legalistas que



Señor General don Félix Díaz.

el Gobierno se encargaba de propalar para no perder el apoyo del Ejército; pero entre los más jovencitos la idea de la rebelión se abrigaba con entusiasmo inmenso.

Los Oficiales Mendoza, Zurita y Escoto, éste y el primero viejos camaradas desde la época en que iniciaron su carrera en el brillante Cuerpo de Gendarmes del Ejército, y el segundo fogueado ya en la campaña del Norte, cuando las fuerzas del General D. José González Salas fueron batidas por los guerrilleros orozquistas, se reunían para discutir la necesidad de derrocar al régimen maderista.

De estas juntas salían cada vez más animados. Un compañero de ellos, el Teniente Kurzyn, lo animaba también para la lucha. Kurzyn había sido el héroe de la hecatombe de la Cima, donde los vándalos encabezados por Genovevo de la O. consumaron la más espantosa matanza de gente indefensa y de soldados federales. Herido y á punto de morir, el bravo Oficial había tratado de defenderse y fué salvado por un grupo de personas que hicieron notar al cabecilla zapatista la necesidad de que se respetara á un valiente. Tres días antes del levantamiento fué condecorado por su valor, por el señor Presidente Madero.

Con iguales bríos, los cuatro Oficiales esperaban el momento decisivo y sólo en algunas ocasiones deslizaban entre sus subordinados, los alumnos de Caballería y de Infantería de la Escuela, la necesidad de acabar con el mal Gobierno.

El General Torroella cometió algunas torpezas al tratar á los aspirantes que le

pedían vacaciones para descansar de las rudas labores de la instrucción; y el Gobierno trató despectivamente á la Escuela que "no era igual á la del Colegio Militar," según frase oficial.

Una comisión encargada de ver al Presidente de la República para pedirle las vacaciones llevó á la Escuela la noticia de que el Jefe de la Nación no era digno de respeto, pues que había sido maltratado en presencia de todos los comisionados y aún de algunas personas extrañas, por el aspirante que llevó la palabra en aquella ocasión.

El terreno era, pues, propicio. Faltaba sólo que alguien llamara al patriotismo de los estudiantes para poder llevarlos hasta la lucha armada contra el Gobierno.

Fueron los Oficiales Mendoza, Zurita, Kurzyn y Escoto, los que se encargaron, en el momento propicio, de incitar á la rebelión á los cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes, que en esta rebelión tiene que ocupar el primer lugar, por la bravura que demostraron los jóvenes combatientes, por el arrojo con que fueron invitando á los soldados de línea á unírseles en su marcha hacia el Palacio Nacional; por la indomable bizarría de los que lucharon en la Ciudadela y de los que cayeron prisioneros, de los que se defendieron en la torre de Santa Inés, y de todos, que nos parece igual la participación que tuvieron.

El levantamiento

México despertó de un sueño el domingo nueve de Febrero para entrar en una horrible pesadilla.

—Madero ha sido preso en Chapultepec por los cadetes, y los alumnos de la Escuela de Aspirantes se han posesionado del Palacio Nacional, fueron las palabras que por todas partes se escuchaban.

—Gustavo Madero fué aprehendido en los momentos que pasaba por Palacio á bordo de un automóvil en el que llevaba gran cantidad de armamento y parque, se decía por otro lado.

Más allá se aseguraba que el Presidente de la República había sido fusilado, corriendo igual suerte su hermano, que se decía había tratado de oponer resistencia á las fuerzas aprehensoras.

¿Qué había de cierto en todo ésto?

Las criadas que habían salido por la primera compra, muy de mañana, aseguraban á sus ptones, á los que habían ido á despertar expofesamente, que don Anselmo, el que trae la leche de Tlálpam para "La Consumidora," había dicho que por la calzada pasaron los aspirante á caballo como si los persiguieran, y que más tarde vió pasar un tren repleto de jóvenes cadetes; que "había bola," que el Zócalo estaba lleno de muertos.

La alegría subió al rostro de todos aquellos inconformes con el Gobierno, al saber la noticia, y no faltaron gestos de contradicción

ó desesperanza en los rostros de los simpatizadores de aquél.

Las horas habían transcurrido, y una gran mayoría de los habitantes de la gran urbe, curiosa se dirigía hacia el centro de la ciudad, para ver con sus asombrados ojos el hecho que se les había narrado, y el cual todavía no podían creer.

Compacta muchedumbre pululaba por las calles, con dirección al palacio de los virreyes, "para ver si era cierto" lo que les andaban contando."

Efectivamente los balcones y azoteas se encontraban plefóricos de aspirantes, los cuales habían ocupado también las torres de Catedral y dominado otras alturas. Hacían guardia soldados del vigécimo batallón.

La multitud se aglomeraba más y más frente á Palacio, y los soldados se ponían en dispositivo de combate, pecho á tierra, en línea de tiradores. Muchos de los curiosos, abrigando serios temores de que se entablara una lucha, fueron retirándose lentamente, y á los pocos pasos una descarga cerrada dejó escucharse, y siguió después el lúgubre matraqueo de una ametralladora.

Habían llegado fuerzas que trataron de penetrar á Palacio y fueron rechazadas. ¿De quién eran esas fuerzas?—Del General Reyes, contestaron unos.

¿Entonces, por qué de Palacio, que tenían los aspirantes le dispararon?

Esto fué un misterio para todos.

La gente huía desesperadamente. El pánico más indescriptible se había apoderado de todos los espíritus. Los fusiles y ametrallado-

ras no cesaban de disparar y sobre el asfaltado pavimento de la Plaza de Armas caían inanimados muchos seres inocentes que minutos antes estuvieron presenciando la pelea.

La muerte envuelta en su manto se ocultaba tras la densa humareda de la pólvora.

La gente seguía huyendo, y los tiros de fusilería eran cada vez más nutridos, más certeros, más criminales. El suelo se cubría de heridos y cadáveres; parecía aquello un campo maldito assolado por la muerte.

La gente corría. . . . corría, temerosa por su vida, y jadeante y despavorida regresaba á sus casas á referir lo que sus ojos habían visto, á explicar la sensación que su alma había experimentado.

Nadie se daba cabal cuenta de los acontecimientos. ¿El Gobierno seguía en su puesto? ¿Los alzados habían sido exterminados ó habían triunfado?

Ninguna de estas preguntas podían contestarse de manera satisfactoria. Se comentaba de mil maneras el acontecimiento, se hacían deducciones más ó menos ilógicas, se hacían suposiciones descabelladas ó cuerdas, pero nadie, absolutamente nadie, podía saber la verdad de los hechos.

Se tenía sed de noticias y había verdadera expectación esperando que alguno de los periódicos diarios publicara una información de los acontecimientos, para saber la aproximada verdad de ellos.

¿Qué había sucedido?

El plan revolucionario fraguado desde hace tiempo y aprobado para derrocar al Gobierno maderista, se estaba desarrollando al plé-

de la letra, por los valientes alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes y una gran parte de la artillería federal.

En el artículo siguiente señalamos cómo fué la salida de los cadetes de su Escuela, en la que respetaron al Coronel Vallejo, por quien todos los alumnos sentían gran cariño y la manera como se portaron en el combate.

A las tres de la mañana del domingo 9, en la Escuela de Aspirantes empezaron á hacerse preparativos de marcha. Minutos antes, varios oficiales de dicho plantel habían penetrado á los salones dormitorios lanzando este grito que encerraba una suprema reivindicación: "¡Arriba los hombres de honor! ¡Abajo el mal Gobierno!"

Los jóvenes militares, abandonando el lecho se aprestaron desde luego á contribuir con su poderoso contingente á derrocar al mal Gobierno del que antes les hablara uno de sus Oficiales más queridos, el Capitán Mendoza. El señor Coronel Angel Vallejo, Director del Establecimiento, dormía profundamente bajo la acción de un narcótico.

En un principio se creyó que los aspirantes hacían preparativos para salir á defender Peña Pobre tan constantemente amagada por los zapafistas. Los bravos cadetes cruzaban veloces los departamentos lanzando hurras y vitores, dando muestras de un indecible contento. Salieron de la Escuela, y al traspasar la puerta se les unió la guardia. Únicamente quedaron en el interior del plantel de veinte á veinticinco alumnos enfermos, á los cuales ni siquiera se les había dado á co-

nocer de lo que se trataba. Las secciones de alumnos se dirigieron á la Estación de los tranvías eléctricos á donde habían de llegar varios trenes que de antemano se habían solicitado para ser trasladados á la capital. Pero los tranvías no llegaban. Creyeron de momento que se les tendía una celada, pero este temor pasó con la misma rapidez con que surgiera.

Se discutió la manera de marchar sobre la ciudad, y se acordó que la sección de Caballería se dirigiera á escape á la capital, y las compañías de Infantería esperarían la llegada del primer tren para ser trasladados.

Inmediatamente se puso en práctica este acuerdo, y los alumnos de Caballería pronto se perdieron en la obscuridad de la mañana fría.

Los alumnos esperaban ansiosos la llegada del primer tren ordinario. La caseta del despachador permanecía cerrada. La obscuridad envolvía en su manto de tiniebla la población. Al fin, allá en el fondo, por la espesa arboleda de la calzada se vió un tren que á escape se dirigía á la Estación, iluminando con su fanal de luz los lugares por donde pasaba.

Varios gendarmes fueron anteriormente desarmados por algunos aspirantes, como medida precautoria. Los cadetes tomaron por asalto el tren, é intimaron al motorista para que los condujera á la capital, con la mayor rapidez posible.

El tren marchaba vertiginosamente. Los árboles y casas pasaban rápidamente para continuar envueltos en la sombra.

Empezaba á aclarar el día. Los aspiran-

tes acordaron que el punto de reunión sería la calzada de San Antonio Abad, y al llegar á este punto ya los esperaban los alumnos de Caballería.

Bajaron todos, y con sus armas preparadas empezaron la marcha sobre el Palacio Nacional. A su paso los aspirantes iban desarmando á los gendarmes y obligándolos á guardar el secreto bajo pena severa en caso contrario.

Se dividieron en dos grupos iguales, y por las calles de Flamencos y Cinco de Febrero, los aspirantes se encaminaron al Palacio Nacional, después de que una avanzada de diez alumnos montados regresó á dar parte de "no hay novedad."

Las luces eléctricas ya se habían extinguido. Las linternas de los gendarmes en cada esquina parecían luciérnagas, que horadaban las tinieblas con sus débiles rayos de luz.

Los guardianes del orden, y las pocas personas que á esas horas caminaban por las calles, miraban con asombro á los cadetes, que á animosos y llenos de bríos se dirigían sobre el Palacio Nacional, objeto de sus miras.

Los alumnos continuaron su marcha, y al llegar frente del Palacio Nacional, se encontraron con el primer Regimiento, que parecía tener intenciones de atacarlos. Los bravos cadetes se aprestaron á la defensa.

Se vió ondear una bandera blanca, y el jefe de los montados ordenó meter las carabinas en sus fundas.

Varios aspirantes hablaron con el Coronel del Regimiento, le hicieron ver los móviles



Señor General don Manuel Mondragón.

que los impulsaron á rebelarse en contra de Gobierno, y el viejo militar, visiblemente conmovido de la entereza de los aspirantes y accedió gustoso á seguir el movimiento, dando las órdenes respectivas á sus hombres.

Mientras tanto el tráfico de trenes quedó paralizado. Uno que otro coche de velada que iba á rendir, pasaba por las calles llevando en el pescante al auriga amodorrado.

Gran número de aspirantes había coronado las alturas del Palacio y las contiguas, así como las torres de la Catedral.

Se instalaron centinelas en las boca-calle y en estas circunstancias se dirigieron á la prisión de Santiago á libertar al señor General Reyes, gran parte de las fuerzas sublevadas.

El primer combate y la muerte del General Reyes

Los aspirantes y gran número de las fuerzas sublevadas se dirigieron á la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, con el objeto de poner en libertad al señor General de División, D. Bernardo Reyes; que se encontraba allí preso desde hacia cerca de un año por haberse revelado con las armas en la mano contra del Gobierno maderista.

Los levantados, al llegar á la prisión, intimaron al jefe de ella para que pusiera desde luego en libertad al señor General Reyes, obteniendo los primeros contestación negativa. Entonces se abocaron varias ametralladoras con dirección al colonial edificio, y en estas circunstancias el jefe del primer Regimiento de Caballería, Coronel Anaya, se dirigió á conferenciar con el jefe de la Prisión, Coronel Mayol, el cual, en vista de los acontecimientos accedió dando órdenes á fin de que el prisionero recobrará su libertad.

El General Reyes salió de la prisión en medio de las aclamaciones delirantes de los levantados, y desde luego se le ofreció un caballo para que se pusiera al frente de la columna. El divisionario vestía traje negro y botas fuertes de igual color, y sombrero de fieltro obscuro. Su cuerpo estaba cubierto por una capa militar, gris. Su figura tenía la gallardía de siempre; el aire marcial que arrastraba á los militares tras el bravo soldado.

Los sublevados esperaban en la plazuela la salida del General Reyes, en el más completo orden, y en correcta formación.

Cuando el divisionario jalisciense fué visto por las tropas, que presentaban las armas al caudillo, los gritos de entusiasmo partieron de todas las bocas.

Contestó el General Reyes vitoreando á los aspirantes y arengando á los soldados sublevados.

Los clarines sonaban alegremente tocando órdenes de mando.

Se organizó la marcha. El General Reyes se puso al frente de ella, llevando entre su Estado Mayor á su hijo, el Lic. Rodolfo Reyes, al Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, al Lic. José Bonales Sandoval, y á otros muchos simpatizadores y amigos del General.

La columna se puso en marcha con dirección á la Penitenciaría. Varios oficiales y jefes que se encontraban presos en Santiago trataron de seguir al Divisionario, pero inútilmente, pues el General Reyes quería que se guardara el mayor orden posible.

Los sublevados, preparados contra un posible ataque, se dirigieron á la Penitenciaría, con el objeto de poner en libertad al General Brigadier D. Félix Díaz y darle el mando de parte de las fuerzas.

La columna marchaba lentamente, en medio de la mayor alegría, y á su paso por las calles era calurosamente aplaudido el Divisionario.

El vigía de la Penitenciaría dió cuenta á la Superioridad de haber avistado un nume-